

# En el centenario del Dr. Nicolás Esguerra

Por Eduardo de Heredia

En el nacimiento del doctor Nicolás Esguerra intervino la casualidad. Ha debido ser ibaguereño. Un síno inescrutable, con el que no contaron, ni el coronel Domingo Esguerra, ni su virtuosa compañera doña Serafina Ortiz de Esguerra, hizo que en la tercera hora del amanecer lluvioso del diez de septiembre de 1838, hace cabalmente cien años, en la casa número 28 de la entonces llamada calle de Borja— hoy calle 14—, de esta ciudad de Bogotá, viniera al mundo un niño, que después habría de brillantar el blason patrio, sirviéndo a la república y honrándola como varón esclarecido y eminente. Ese niño fue Nicolás Esguerra, cuyo nacimiento se recuerda ahora con alborozo en la tierra colombiana.

La calle donde nació el Dr. Esguerra ha sido notable por señalados hechos. En la casa número 13, frente por frente a la número 28, donde nació Esguerra, había nacido siete años ocho meses y cinco días antes el Ilmo. y Rvdmo. Arzobispo Telésforo Paúl, de tan señalada y grata recordación para los bogotanos y, cincuenta y ocho años, ocho meses y trece días después del nacimiento del doctor Esguerra, en la misma casa y en la misma pieza donde había nacido el virtuoso Arzobispo, en la noche del sábado 23 de mayo de 1896, puso fin a su vida el más grande poeta de América: José Asunción Silva.

El doctor Esguerra fue sietemesino. Su nacimiento puso en peligro la vida de su excelsa madre, y como consecuencia tuvo necesidad de ser amamantado por una indiecita de Bosa llamada Bernardina Garibello, excelente mujer, por quien hasta su muerte conservó el tribuno el mayor cariño, y a quien recordó siempre como si hubiera sido un verdadero miembro de su familia.

El doctor Esguerra sólo entró a la escuela cuando termi-

naba la primera década de su preciosa existencia y se cuenta, entre sus familiares, que aprendió a leer enseñado por su madre, pues debido a lo precario de su salud, durante los primeros años, no pareció aconsejable hacerlo ir a colegios.

Cuando por causa del levantamiento del general Melo, tuvo que reunirse el congreso en la capital del Tolima, el doctor Manuel Murillo Toro fue entonces huésped de honor de la familia Esguerra-Ortiz, y, quiso, al regresar a la capital, como una forma de agradecimiento para con sus anfitriones, traer con él, para que continuara sus estudios en el Colegio del Rosario, al jovencito Nicolás. Fue de esta manera como pudo obtener en el colegio ilustre y a la edad de veinte años, el título de doctor. Es bueno anotar que siendo todavía estudiante fue nombrado Secretario de la Junta de Beneficencia, primer puesto público que desempeñó en su larga y meritoria vida.

Apenas pasada su mayor edad, contrajo matrimonio en Bogotá, con doña Ignacia Gaitán, de esclarecida familia cundinamarquesa.

Recién graduado y siendo muy joven todavía, entró en la política activa. Fue elegido diputado al Congreso, al iniciarse la administración del doctor Murillo Toro, su ilustre protector. Actuó, entonces, como siempre en su vida, siguiendo los dictados de su conciencia. Rígido e inflexible, sin doblegarse, ni por los ataques, que no escasearon, ni por las alabanzas, marchó siempre erguido, en medio de las tormentas políticas, ya cuando se le llamaba clerical por los clerófobos, ya cuando se le apostrofaba por los clericales: jacobino. No tuvo nunca temperamento, ni de demagogo, ni de fanático. Fue un varón ejemplar que obró siempre bien, que honró a su patria y amó a su partido, pero teniendo siempre presente que delante de la patria, todo es fungible.

Posiblemente la circunstancia de haber estado por dos veces en el colegio de los jesuitas y de haber sido educado en el Rosario Mayor, del cual fue Colegial y Profesor y Rector, imprimió en su personalidad un respeto auténtico por las prácticas religiosas, que en ocasiones lo hizo aparecer como clerical. Recuérdese que cuando en ocasión solemne, sustentaba una tesis religiosa en la Cámara de Representantes, un exaltado fanático, de aquellos más cavernarios que la caverna misma, arrojó a los pies del orador un bonete. El doctor Esguerra, con esa serenidad que lo distinguió siempre, lo recogió del suelo y lo colocó sobre su curul y luego, tranquilo, como si nada hubiera pasado, siguió

exponiendo sus ideas, con razonamientos tan claros y convincentes, que obtuvo aquel día uno de los mayores triunfos parlamentarios de su vida. Y es que el doctor Esguerra como polemista apenas si tuvo pares, pero no mejores.

Nada envanecía a este patriota singular. Yo lo vi, en aquellos días de las jornadas de marzo, cuando las multitudes enloquecidas lo alzaban sobre sus hombros, en medio de patrióticos gritos de amor y de júbilo, descender luego hasta su casa de la calle 15, tranquilo, sonriente, silencioso.... Iba en busca de las cabecitas locas de sus nietecitos o de los brazos amorosos y débiles de sus compañeras angelicales: la esposa querida y la hija cariñosa... que lo acompañó hasta dejarlo dormido para siempre.

Esguerra sufrió destierros y persecuciones de sus adversarios políticos. Su casa fue allanada; confiscados sus muebles, que fueron llevados a las oficinas públicas. (Alguna vez, en el ministerio de guerra, tuvimos oportunidad de admirar una bella mesa de las que componían el mobiliario expropiado al ilustre patricio). Se le persiguió en forma tan encarnizada por el gobierno de Núñez, que hubo de salir del país, disfrazado de sacerdote huyendo, por la vía de los llanos, hacia Venezuela, de donde pasó a Centro América y luego a los Estados Unidos. En la gran democracia americana le cupo en suerte ser compañero del famoso organizador de la revolución cubana, José Martí, quien lo distinguió siempre con su amistad. La última carta que escribió el patriota antillano antes de su muerte, que acaeció en la sorpresa de Dos Ríos, era dirigida a Esguerra, y en ella le testimoniaba su agradecimiento por las labores que en favor de la independencia de Cuba había él llevado a cabo. El segundo destierro lo ocasionó su famoso artículo "*Recojamos la Bandera*". Es bien conocida la ocurrencia, pero quizá no esté por demás consignarla nuevamente ahora. César Conto, aquel gentilhomme de la edad de oro del liberalismo, acababa de ser reducido a prisión por su campaña de prensa desarrollada desde "*El Liberal*", periódico del cual era director. Esguerra, al tener noticia de la prisión de Conto, se presentó en casa del editor y le dijo: "Si no hay otro liberal con mejores títulos que se quiera encargar inmediatamente de la dirección del periódico, ponga usted a la cabeza de "*El Liberal*" mi nombre y mande desde hoy a mi casa por los artículos de fondo". Así se hizo. Sólo alcanzó a escribir "*Recojamos la Bandera*", porque al día siguiente, al salir a la calle, fue reducido a prisión y conducido a los cuarteles de San



Agustín, de donde se le envió a Caragena, con aparatosas seguridades, de aquéllas que no se usan ni para los grandes criminales. Una vez allí, en el primer barco que hizo escala se embarcó al ciudadano ilustre expulsándolo de su tierra querida sin fórmula de juicio.... En Nueva York tuvo que fundar una Agencia de Comisiones para atender a las necesidades de su vida. Quedaban entre tanto en su Bogotá lejána, solas y sin amparo, las veinte personas que a su cuidado se encontraban en el momento de su detención. Eran éstas las viudas y los hijos de sus hermanos, a quienes educaba el doctor Esguerra con cuidadoso esmero. Entre estos niños se encontraba el después distinguido diplomático, excelentísimo caballero y hombre de gran prestigio social y político, doctor Domingo Esguerra, en la actualidad plenipotenciario de Colombia en Río de Janeiro.

Esguerra tuvo siempre idolatría y culto por su protector y grande amigo Murillo Toro. Débense en gran parte a sus esfuerzos, la estatuta que en el Parque de la Independencia se levanta al esclarecido jefe del liberalismo, y quízá su más grande conductor de todos los tiempos, y el monumento que en el cementerio de Bogotá consagra la memoria del prohombre liberal.

Reintegrado a la patria, fue nombrado por el presidente Manuel Antonio Sanclemente, como negociador de la prórroga de la Compañía del Canal. Esguerra se trasladó a París y adelantaba gestiones patrióticas, acertadas y benéficas para el país, cuando repentinamente fue sustituido por otro, quien verificó la desafortunada y ruinosa negociación, que puede calificarse como causa principal de la infausta separación del Istmo.

De nuevo en Colombia, llegó a vivir en la penumbra de su aislamiento, en su casa de la calle 15. Alejado de la política activa, sólo abandonaba su retiro para asistir a las audiencias de ruidosos procesos, en los que intervenía como defensor. Difícilmente se volverán a oír en los estrados judiciales oraciones tan elevadas y científicas, tan conmovedoras y solemnes, como aquéllas que pronunció Esguerra. Quienes tuvimos la fortuna de escucharlo, ¡cómo lo hemos extrañado después! Y es que el doctor Esguerra fue más que un tribuno, un verdadero orador forense.

Parecía ya terminada definitivamente su vida pública, coronada la cumbre de los setenta años, cuando al iniciarse el mes de marzo de 1909, llegó hasta su casa de la calle 15 la noticia de que en la Asamblea Nacional Constituyente y Le-

gislativa se discutía un Tratado con los Estados Unidos altamente inconveniente para los intereses del país. El fuego del amor a la patria no se había extinguido ni en su corazón, ni en su cerebro. Entró en el palenque. Se abrió paso por entre los escombros de la libertad proscrita desde hacía cinco años; escribió su memorial famoso, encauzó las multitudes, despertó el sentimiento de libertad y de amor a la patria, que yacía soterrado por el pavor que tenían los colombianos al estadista del quinquenio terrible y, sin miedos ni vacilaciones, en compañía de aquel insigne y auténtico patriota colombiano que fue Carlos José Espinosa, se puso a la cabeza del movimiento que trajo como consecuencia inmediata la caída del general Reyes y la no aprobación del tratado ignominioso. ¡Qué hermosos aquellos días de su ancianidad batalladora! Cuando sus ojos ardientes se inflamaban por la indignación, cuando la sangre hervía entre sus venas, la cabeza nevada del tribuno, parecía revivir, como por un extraño sortilegio, las huracanadas melenas impetuosas de sus mejores años. . . .

Después de estas jornadas asistió a la Asamblea Constitucional que expidió el Acto Legislativo número 3 de 1910, auténtica reforma constitucional, que volvió a hacer amable la vida colombiana y garantizó la libertad definitivamente.

Nicolás Esguerra fue un noble corazón, un auténtico patriota, un gran carácter y un excelente orador. Las últimas actividades de su vida pública, fueron aquéllas de la época centenaria de nuestra independencia. Después, las multitudes liberales le hicieron la venia de proclamarlo candidato a la presidencia de la república y fue éste el postrer homenaje que la democracia colombiana deshojó a sus plantas.

Movido siempre por la inspiración patriótica no tuvo tregua ni reposo, hasta que en el amanecer del 22 de diciembre de 1923, a los 85 años de su meritoria existencia, se reclinó en los brazos de la muerte, para entrar en el descanso eterno, rodeado del cariño de sus familiares y de la admiración y la confianza de los colombianos, que vieron siempre en él una gloria de la república.

EDUARDO DE HEREDIA